

Amigos,

Un reciente estudio de *Pew Research Center* titulado “Lo que los estadounidenses saben sobre la religión” (*What Americans Know About Religion*, publicado el 23 de julio de 2019) reveló que solamente el 31% de los católicos cree que el pan y el vino que se consagran durante la Misa en realidad se convierten en el cuerpo y la sangre de Jesús. Además, solo la mitad de los católicos saben lo que la Iglesia Católica enseña acerca de la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía.

Por esta razón, para ayudar a comprender mejor el significado de la Eucaristía, el Jueves Santo del 2020, iniciaremos en la Arquidiócesis de Boston el “Año de la Eucaristía.” Es mi oración y mi esperanza que a través de esta iniciativa espiritual, podamos invitar y alentar a nuestras hermanas y hermanos para que encuentren consuelo en el Señor participando tanto en la celebración de la Eucaristía como más tiempo para orar ante el Santísimo Sacramento.

Cuando mis padres se casaron, mi tío el Padre Jerry Reidy, les dio como regalo de bodas la pintura icónica de la Última Cena de Leonardo Da Vinci. Esa pintura colgaba en el comedor, y recuerdo con claridad escuchar a mis padres explicar que ésta representaba la primera Misa, la primera Eucaristía. Dejaron muy claro que era por eso que íbamos a Misa, para participar en la misma Eucaristía que Jesucristo compartió con sus apóstoles esa noche de la Última Cena, antes de sufrir y morir por nosotros.

Para mis padres, la cena era un momento importantísimo como familia. Ellos esperaban que todos estuviéramos presentes, no era opcional. Era una institución en nuestra casa reunirnos alrededor de la mesa y era allí, como familia, donde nos uníamos. Compartimos nuestras experiencias del día. Incluso pelearíamos entre nosotros. La cena familiar fue esencial para nuestra formación y fue donde descubrimos nuestra identidad.

Lo mismo puede decirse de la Eucaristía. Como católicos, es en la Eucaristía donde encontramos nuestra identidad. Alrededor de la mesa del Señor, Jesús se nos dio como regalo para nosotros, como muestra del inmenso amor de Dios. Así como descubrimos nuestra identidad alrededor de la mesa familiar, es en la Eucaristía donde descubrimos quiénes somos, por qué estamos aquí y cuál es nuestra misión como discípulos misioneros.

Al crecer, recuerdo maravillosas devociones eucarísticas que mantuvieron la Eucaristía en el centro de nuestras vidas como católicos: las Cuarenta Horas, procesiones del Corpus Christi y del Jueves Santo. Desde temprana edad, sabía que la Eucaristía era lo que nos distinguía de la mayoría de las otras iglesias cristianas, que el Cuerpo y la Sangre de Cristo en realidad, sacramentalmente, estaban presentes en nuestra iglesia católica.

En la Última Cena, Jesucristo instituyó el sacerdocio para poder estar presente no sólo en Jerusalén, pero en todas partes del mundo, en todo espacio y tiempo. A través de la Eucaristía, tenemos contacto directo con el Señor durante la celebración de la Misa y en la oración ante el Santísimo Sacramento. Cuando visitamos la iglesia, fuera de los horarios de Misa, vemos el resplandor de la lámpara del Santísimo y sabemos que Jesús está allí por nosotros. Siempre está listo, esperándonos callado y amorosamente, listo para darnos la bienvenida y brindarnos consolación.

Los frailes capuchinos tienen el compromiso de hacer dos períodos de meditación al día y yo siempre hago mi meditación en presencia del Santísimo Sacramento. Para mí, como arzobispo de Boston, mi hora santa sucede tarde en la noche cuando los teléfonos dejan de sonar. Es el momento en que renuevo la certeza que



el Señor está presente y me ama inmensamente, sabiendo que Él me guiará y me dará la fortaleza que necesito. Orar en la presencia de la Eucaristía, en adoración al Señor, es una parte muy importante de mi existencia diaria, es esencial para perseverar en la vocación que he abrazado.

Antes de ser obispo, serví como sacerdote en las comunidades hispanas y de lengua portuguesa, y aprendí muchos de sus himnos, que le canto al Santísimo Sacramento durante mi hora santa. También me gustan los himnos en latín que aprendí en el seminario, el *Pange Lingua* y el himno en inglés, *Jesus, My Lord, My God, and My All*. Los aprendí de memoria. Es mi deseo que ellos puedan ser parte de la práctica devocional en todas nuestras parroquias, himnos que todos hayamos aprendido de memoria y cantemos juntos. Como nos dijo San Agustín, cantar es rezar dos veces, porque cantar eleva nuestros corazones a Dios y nos proporciona una minúscula visión de Su belleza a través de la armonía musical.

Ciertamente, hemos pasado por tiempos muy difíciles en la iglesia. En este Año de la Eucaristía tendremos la oportunidad de renovar y fortalecer nuestra fe y nuestra cercanía al Señor. Si nos centramos en la Presencia Real de Jesús, en Su amistad, entonces todo lo demás tendrá sentido. En la celebración de la Misa Jesús está allí, esperándonos, invitándonos a la mesa donde se nos está dando como don para que podamos tener la fuerza de donarnos nosotros mismos a los demás. De eso se trata la plena realización humana. Se trata de amar y dar la vida por los demás. Ese es el significado de la Eucaristía: es el amor llevado al extremo, el amor que se dona, que se entrega. Y cuanto más entendamos eso, más desearemos estar presentes en la Eucaristía y Ella nos transformará cada vez más.

El discipulado no se vive en solitario. Jesús envió a sus discípulos de dos en dos, no uno por uno y habló de la importancia de “donde dos o tres se reúnen en mi nombre ...” La Eucaristía es donde nos reunimos como familia de Cristo, donde podemos testimoniar nuestra fe uno para con el otro y crecer en nuestra capacidad de amar. La Eucaristía nos da la fuerza para llevar a cabo la misión de transformar el mundo, trabajar por la justicia, servir a los pobres, brindar sanación y reconciliación. Pero no podemos hacer estas cosas a menos que tengamos la fuerza que proviene de este contacto íntimo con el amor de Dios.

El discipulado también requiere un plan. Tenemos que preguntarnos qué podemos hacer, personalmente, con nuestras familias y amigos, para preparar este Año de la Eucaristía. Podemos encontrar las respuestas en nuestros tiempos de oración delante del Santísimo Sacramento en nuestras iglesias. Leamos y reflexionemos el capítulo sexto del Evangelio de Juan. Podemos invitar a familiares, amigos y colegas, a unirse a nosotros para celebrar la Misa o en los momentos de Adoración. Podemos meditar la importancia de recibir al Señor en la Eucaristía, la diferencia que hace en nuestras vidas y luego, compartir esas experiencias con alguien cercano a nosotros.

No existimos por accidente. Existimos por el amor gratuito de Dios, y la Eucaristía es el signo más profundo del amor de Dios para con nosotros. Jesús viene a nosotros en humildad, en lo pequeño, para que nadie le tenga miedo. Él se nos hace presente para que podamos tener la fuerza que necesitamos para vivir nuestra misión eclesialmente, como discípulos misioneros.

Dios nos creó y permanece en la creación a través de Jesucristo, para que podamos estar cerca de Él, escucharlo, conocerlo y amarlo. Sus sacramentos no solo tocan nuestras vidas, también moldean nuestro propio ser. Y la Eucaristía es el centro de nuestra vida sacramental. Es por eso que yo soy católico. Es por eso que yo soy sacerdote. Sin la Eucaristía, me preguntaría: “¿vale la pena?”. Yo sé que sí vale la pena porque Jesucristo está realmente presente en la Eucaristía.

Que Dios los bendiga a todos abundantemente con la seguridad que Jesús estará con nosotros siempre, incluso hasta el final de los tiempos. Esa es la promesa de Jesús y Él cumple esa promesa en el don de la Eucaristía.

Con la seguridad de mis oraciones por usted y todos los que aprecia,

Sinceramente suyo en Cristo,

*+ Sean, OFM Cap*

Arzobispo de Boston

